

# Misión Nacional

# **INICIACION**

# **Y EVANGELIZACION**

## **OPORTUNIDAD Y PUNTO DE PARTIDA**

Desde estas páginas hemos aplaudido la convocatoria a la Misión Nacional. Es una necesidad para nuestro país. Constituye un reto para nuestra Iglesia. Una oportunidad histórica que puede convertirse en una hora de Dios. La crisis profunda en que el país está atrapado requiere de la iluminación del Dios de la historia y del aliento de su Espíritu. Al ponernos manos a la tarea de buscar y dar esa luz y esa esperanza, los cristianos venezolanos llegaremos a serlo un poco más, y al cumplir este servicio nuestra Iglesia podrá convertirse de modo más efectivo en sacramento de salvación para nuestro pueblo.

La Iglesia que se echa a los hombros la responsabilidad de la misión es la única que existe en Venezuela. Como punto de partida no podemos esperar lo que aún no somos. Precisamente el mayor fruto de la Misión es que a través de este servicio todos salgamos de nosotros mismos y lleguemos a ser un poco más como Dios quiere. Así pues los problemas del modo de convocación no pueden servir de excusa para no hacer nuestra parte. Seis años son un tiempo suficiente para superar estrecheces iniciales, ensayar hábitos más participativos y poner algunas bases sólidas tanto en cuanto a contenidos como en cuanto a estructuras.

## **DESCLERICALIZACION**

Para lograr el objetivo de la Misión tenemos que centrarnos en lo más importante: Evangelizarnos y evangelizar, convertirnos y convertir. La Misión no es un operativo de un partido para obtener nuevos afiliados ni un congreso ideológico para dárles seguridad e identidad sin necesidad de conversión ni una campaña de vacunación masiva contra errores y miasmas ambientales ni el lanzamiento de una gran empresa para demostrar su poder e imponer sus productos. Se trata de transmitir una vida. Y eso sólo se trasmite viviendo y compartiendo esa vida. La Misión no prende si no hay cristianos que vivan su cristianismo como una vivencia que llena su vida, que la trasforma y que por eso la propagan con entusiasmo, como un don.

Si la mayor parte de los cristianos son sólo consumidores de servicios religiosos no habrá misión. Los clérigos y sus asociados no tendrán más remedio que acudir a las técnicas de mercadeo para vender su producto. Pero esta campaña publicitaria no será ya evangelización.

Así pues, si queremos hacer una Misión, tenemos que propiciar la creatividad religiosa de nuestros cristianos. Tenemos que confiar en su sentido de fe, en su hambre de Dios, en su instinto evangélico. Tenemos que darles pábulo, alimentarlos mediante el intercambio y la proposición de tareas. Nuestra Iglesia es tremendamente clerical. Por eso, como reconocieron humildemente nuestros obispos, nuestro pueblo cristiano no se siente Iglesia y, aunque respeta a la Iglesia, lleva su vida cristiana en su mayor parte por su cuenta. Para nuestro pueblo el cristianismo no es cosa de leyes o normas sino cuestión de experiencia: contacto con lo sagrado en procura de salvación que significa sanación y dotación de sentido, dignidad, respeto y capacidad de dar vida.

La Misión, por tanto, tiene que significar para nuestra Iglesia su desclericalización. Que no se obtiene integrando a los seculares en su aparato sino dándoles lugar a ellos y a sus riquezas cristianas, consultándolos no sólo sobre cómo hacer las cosas sino sobre qué cosas conviene hacer y dándoles iniciativas para que las hagan. Devolviéndoles la voz, de modo que opinen con libertad y crédito. Pero sobre todo entregándoles lo que la Iglesia tiene como tesoro: la Biblia.

## **EXPERIENCIA Y PALABRA**

Así pues la Misión tiene que girar en torno a dos pivotes muy relacionados entre sí: la iniciación y la Biblia. La relación vendría porque a la Biblia hay que

acceder también como iniciación. No se trata de cursos bíblicos sino de una lectura de la Biblia horizontal y abierta, de modo que, como respuesta a la Palabra, cada quien saque la suya y la intercambie. Pero si la Biblia, sobre todo los Evangelios, ha de ser el catalizador del proceso y la primera palabra, el espíritu y el método de la Misión no pueden ser otros que la iniciación. Por eso la Misión no puede estructurarse como un gran montaje sino como el grano de mostaza, como la llama que prende a otra llama. Por eso (como todo en el cristianismo) ha de empezar desde abajo (la Encarnación y la Kénosis no valen sólo para Jesús, describen todo proceso de salvación que aspire a recibir el nombre de cristiano). Puerta a puerta, persona a persona. No como proselitismo sino como testimonio. Desde ese nivel primario se construyen comunidades vivas. Y las comunidades testimonian socialmente y convocan.

### **TANTO CUANTO**

Es bueno que se produzcan bastantes materiales y que se faciliten e intercambien. Son útiles los cursos que responden a necesidades profundas. Aprovechan los actos públicos, las concentraciones, cuando recogen, expresan y potencian el sentir unívoco de muchos corazones. Ayuda que los que tienen capacidad y autoridad den orientaciones más generales; es un don que en la Misión haya pastores, doctores y profetas. Pero todo esto debe surgir de la experiencia espiritual, del testimonio, de los grupos y comunidades vivas.

Tenemos tanto que hacer que nuestro peligro es sustituir la praxis cristiana por la información, la representación y la organización. En el Plan de la Misión se han trazado líneas y áreas y en ellas se proponen cientos de iniciativas. Pueden ser útiles si son canales para esta iniciación cristiana y están medidas por los Evangelios. Son perjudiciales si sustituyen a estos niveles primarios de evangelización. Por lo tanto, si son mediaciones, sólo hay que hacer lo que vaya surgiendo de estos niveles primarios y en tanto contribuya a potenciarlos. Las actividades no son para alimentar las comisiones o para justificar presupuestos. Por el contrario las comisiones y los presupuestos deben salir también de la iniciación y del Evangelio. Si el dinero no sale de la propia evangelización, saldrá del Estado y de los ricos y entonces ya no podremos evangelizar.

### **INTERPELACION PROFETICA**

Por eso, la Misión interpela sobre todo a la institución eclesiástica.

Cuando subían contra Judá los reyes de Siria y Samaria el rey de Judá pensó aliarse con Egipto. Le salió al paso el profeta Isafas y lo emplazó a que se apoyara en el Señor. El rey no aceptó la propuesta porque sabía que apoyarse en el Señor era apoyarse en su pueblo y eso significaba reorganizar el reino en función de la justicia y la participación que eran las primeras exigencias de la Alianza. Y se apoyó en Egipto. Y le fue mal. Exactamente ese es nuestro problema: o nos apoyamos en Dios, que es apoyarnos en el pueblo cristiano de tal modo que él sea el protagonista de nuestra Iglesia y nosotros sus servidores (pues no somos sino ministros en orden al Evangelio), o nos apoyamos en el orden establecido, que nos moldea a su imagen y semejanza.

A través del proceso de la Misión tendremos tiempo de meditar en estas alternativas. Podremos evaluar lo que pasa cuando se toma (como en la carta sobre el desempleo) la defensa del pueblo en nombre del evangelio: cómo responde el pueblo y quiénes lo ven con reticencia. Podemos dar más pasos. Daremos sin duda, más pasos, en la línea de la fe. Y de la justicia que brota de la fe. Es nuestra firme esperanza.